

# EDITORIAL

## ANTE LA CRISIS

La Universidad Colombiana se enfrenta a un doble reto: el de su crecimiento y el de su transformación.

La limitación de los cupos ha contribuído, más que cualquiera otra causa, a convertir la Universidad en factor de estratificación social, absolutamente incompatible con una escala de valores éticos, e injustifible políticamente en la Universidad estatal, considerada como el instrumento más adecuado para hacer realidad la igualdad de oportunidades en el orden educativo.

Una adecuada planeación de la educación superior debería fijar como meta temporal una tasa de crecimiento de los cupos no inferior al diez por ciento anual, teniendo en cuenta al menos tres factores de crecimiento acelerado de la demanda.

- a) El incremento de la población a la rata del tres por ciento anual, que se refleja en una mayor demanda de servicios educativos;
- b) La urbanización, que duplica la tasa anterior en las ciudades, especialmente en las que son centros universitarios;
- c) La democratización de la cultura, estimulada por la promoción de las clases medias y populares y por los esfuerzos de ampliación de la enseñanza primaria y media.

Ante la creciente demanda de cupos en el nivel educativo superior, sería inhumana y antieconómica toda actitud de inercia. Ahora bien: como del lado de la oferta los recursos de capital fijo son escasos, tenemos la obligación ineludible e impostergable de explorar métodos novedosos para su aprovechamiento óptimo, sin ningún desperdicio.

En cuanto a la modernización, es un imperativo impuesto a la Universidad por el avance acelerado de la ciencia y la tecnología, que ha tenido lugar en los últimos años al margen de la Universidad o sin su iniciativa y se ha difundido a través de la educación asistemática provista por los mass media. Tal

avance ha tornado obsoletos muchos métodos pedagógicos y una buena parte de los contenidos de la enseñanza superior.

Ante este desafío, la Universidad moderna, y en particular la colombiana y la latinoamericana, deben estimular el espíritu de innovación, para crear una tecnología adecuada a la circunstancia histórica que vivimos, y llevar a cabo los reajustes necesarios en sus pénsumes y programas para hacer posible una investigación funcional y para proveer una docencia actualizada y suficientemente deparada en función de las necesidades del desarrollo y de la democratización de la cultura.

Finalmente, la Universidad moderna debe reasumir su función orientadora. En el terreno inconsistente de la relatividad del saber humano, ante la profundidad insondable del misterio a que lleva —aún en el plano natural— toda investigación honesta, el educador y el dirigente deben reconocer el valor de lo trascendente y preconizarlo como sólida base de exploración de la verdad científica y de la verdad total.

Las limitaciones físicas ante la creciente presión de expectativas angustiosas; la limitación y la obsolescencia académicas ante un mundo en proceso de renovación constante, y el vacío moral y espiritual ante una juventud ansiosa de horizontes nuevos y de orientación segura: he aquí tres factores de la crisis universitaria que debemos afrontar con un espíritu nuevo.

R. A. C.